

Además...

LOS CARBUNCLOS

por ALBERTO MASFERRER



¡Oíd, esta es la historia del carbunclo, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico.

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incessante, los niños forman corro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas, con toda la sal de la tía Romana, una viejecita vivarachita, que va y viene, de pueblo en pueblo, vendiendo camisetas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la tía Romana! Conoce La Estanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapa... el mundo entero. ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado "El Pájaro del dulce canto", "El Caballo de siete colores", "La Bella y la Fiera", "Cruces de Partidazo y de Pedro Cosme"; mil cuentos y leyendas que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

Oíd, esta es la historia del carbunclo. El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras, en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos.

A media noche, en lo más calado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra a las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como un brasa con alas.

Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita.

Aquí llega a beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina— sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está listo. Entra saltando como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. ¡Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni dada!

Cambia de color a cada instante: ya es una roja granada, ya un gran ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella...

¡Ah, sabéis, cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando en el carbunclo en el ave de fuego, en el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...



SUPLEMENTO DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO: 59

- * EL CARBUNCLO (cuento) por Alberto Masferrer.
- * ALBERTO MASFERRER, nota crítica por Luis Ferrero Acosta.
- * ERES... (poema) por Allen Pérez Chaverri.
- * EL DOCTOR CARLOS DURAN. Discursos por Ricardo Fernández Guardia y don Carlos Durán.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * LA CUENCA DEL TEMPISQUE, segunda y última parte, por Virgilio Caamaño Arauz.
- * TIPOS INMORTALES DE LA LITERATURA: MARIANELA, por Benito Pérez Galdós.
- * TEMAS PEDAGOGICOS por Justo B. Terán.
- * TOMAS WOLFE O EL IDILIO AMERICANO, por Ramón J. Sender.
- * EL CANTON DE BUENOS AIRES, Reportaje Gráfico de Orlando Coto, notas cortesía del Ing. don Jaime Granados Chacón.

San José, Costa Rica — 22 Agosto de 1953

Nº 62

ALBERTO MASFERRER

Alberto Masferrer, el maestro salvadoreño, es una cifra estética dentro de la literatura continental de mayor crédito por "el buen juicio y la noble sencillez con que escribe". Este incansable y humano sociólogo, cuya doctrina Minimúnvitalista, despierta simpatías e ideas en las mejores cabezas de América, pasó de periodista —y de los buenos!— a maestro, viajó constantemente asimilando enseñanzas para trocarlas luego en su misión educadora, estudió con afán, y supo acogerse a la sombra magnífica y bienhechora, inspirada y fecunda del arte. Todavía nos guía, ahora con más vigor, pese a su pérdida corporal. Nos quedan sus libros valiosos y variados.

Vivió en Costa Rica; educó jóvenes y escribió mucho; aquí se le respeta, admira, divulga y estudia.

La historia del "Carbunclo", contada a los niños por la Tía Romana, hermana de nuestra Tía Panchita, es un ejemplo de su don transformador en bellezas literarias. Es una dulce leyenda poetizada!

Masferrer pensador, de hondura vigorosamente humana y humanitaria, lo tenemos en el "Minimún Vital", "¿Qué debemos saber?", "Cartas a un obrero", "Las nuevas ideas", "Leer y escribir" (obras que han nutrido nuestro pensamiento), mientras que en "Niñerías" aparece la cariñosa remembranza de su niñez. "En Costa Rica", "Páginas", "Recortes", "Helios", "Prosa Lírica", "Una vida en el cine", etc., se muestra un ideario fuerte que nos permite completar su gran figura. Indiscutiblemente Masferrer fué un hombre lleno de fe y constancia, así nos lo confirma su obra realizada.

LUIS FERRERO ACOSTA

Pensamiento Americano

Cómo crecen las ideas en la tierra!

MARTI

De qué le servirá a un hombre que se le dé permiso para hacer una cosa si no se le enseña cómo debe hacerla? De qué le servirá que sol le diga "eres libre" si no se le enseña previamente a moderar sus pasiones, a libertarse de ellas...?

JOSE MARIA CASTRO MADRIZ

Ser útil a la patria es darle, en su persona, un instrumento eficaz de fomento, progreso, moralidad, cultura y civilización.

EUGENIO MARIA DE HOSTOS

Las ciencias y la literatura llevan en sí la recompensa de los trabajos y viglias que se le consagran. Para el pensamiento, como para las otras facultades humanas, la actividad es en sí misma un placer. Pero las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral.

ANDRES BELLO

El Dr. Carlos Durán

Siendo don Ricardo uno de nuestros historiadores, su palabra es voz de justicia y verdad; y está bien que enseñe a los jóvenes que una forma de hacer Patria es mantener una tradición de gratitud y respeto por nuestros próceres, los vivos y los muertos.

Por Ricardo Fernández Guardia

El mejor elogio que a mi juicio puede hacerse del doctor don Carlos Durán, es decir que en él se continúa la tradición de los buenos hijos de Costa Rica, de los virtuosos varones que sirvieron a la Patria con inteligencia, desinterés y probidad. Trabajador infatigable, se distingue desde niño por ese amor al estudio que ha llegado a ser en él un hábito inveterado; corona en Inglaterra sus cursos de medicina con un triunfo que le merece una medalla; regresa a Costa Rica para consagrarse a esa noble tarea que desempeña, con el mismo ardor y devoción, en provecho de nuestra pobre humanidad doliente. Otros son los llamados a analizar, con la competencia que me falta, la labor científica del doctor Durán, labor fecunda y digna del mayor encomio. Tan sólo he de recordar que a su inteligente iniciativa debe Costa Rica notables progresos, entre otros la creación del Asilo Chapuí, y nadie ignora el empeño con que trabajó en el Santuario Carit, instituciones ambas que favorecen en primer término a los desvalidos.

Al trazar de la personalidad del doctor Durán no es posible divorciar al hombre de ciencia del hombre público, sin que el retrato resulte incompleto; y a riesgo de poner a dura prueba la modestia sincera que lo caracteriza, he de referirme también a sus virtudes cívicas. He dicho ya que el doctor Durán es un ciudadano ejemplar y ahora lo repito con profunda convicción de ser intérprete fiel del unánime sentir de los costarricenses. No ha sido nunca un político en el sentido que generalmente se le da a esta palabra. El doctor Durán ha intervenido, es verdad, en el gobierno del país y en las luchas electorales pero lo ha hecho siempre obligado y sólo por cumplir con un deber.

Después de su paso muy breve por la Secretaría de Estado, durante la administración de Soto, fué llamado a ejercicio de la Presidencia de la República el 7 de noviembre de 1889. Únicamente los que fuimos testigos de los acontecimientos dolorosos que lo trajeron al poder, estamos en condiciones de apreciar en su justo valor el sacrificio del doctor Durán en aquella noche aciaga.

Nos hallábamos al borde de un abismo, las pasiones no tenían freno, la sangre había corrido, ya, en los dos bandos encarnizados figuraban parientes y amigos del nuevo mandatario. En trance tan difícil y peligroso, fué cuando se reveló el gran patriota, el verdadero hombre de Estado que ahora conocemos todos. Con energía y prudencia admirables, el doctor Durán supo restablecer el orden, amparar a los vencidos, reprimir a los vencedores y pronto volvió a gozar el país del régimen patriarcal que nos legaron los antepasados. El gobierno del doctor Durán se cita hoy, con sobrada justicia, como un modelo de res-

peto a la ley y a la libertad, de honradez acrisolada.

Este es el hombre, ligeramente esbozado, a quien hemos venido aquí por iniciativa de una ilustre corporación de la hermana República de Nicaragua. Con este acto que la enaltece, ha querido expresar un noble sentimiento que los costarricenses interpretamos, no sólo como un tributo al saber profundo de un médico insigne, sino también como una prueba fehaciente de fraternidad centroamericana.

El ATENEO DE COSTA RICA, al asociarse en espíritu y en cuerpo a esta hermosa fiesta, se complace en manifestar al doctor Durán cuán grande es la admiración que siente por su labor intelectual y moral, y se inclina respetuosamente ante el ciudadano integérrimo, a quien se ha visto siempre caminando con paso firme por el sendero del bien y del honor.

PALABRAS DEL DOCTOR DURAN:

Juzgamos memorables y ejemplares para la juventud las palabras dichas por el Doctor Durán en la noche del 21 de mayo de 1918 en el Teatro América, con motivo de la medalla y del diploma con que lo ha honrado y distinguido el Cuerpo Médico de Nicaragua. Son dignas de figurar en el ejemplar por hacer de nuestros hombres ilustres. Por ello las recogemos con gusto y las entregamos a nuestros lectores.

¿Cuál sería la palabra más elocuente para expresar mi sentimiento de profunda gratitud que experimento por esta solemne y brillante manifestación de simpatía? Yo no sé.

...Bien es cierto que llevo la corona de plata de la ancianidad sobre mi cabeza y que el tributo de



Doctor Carlos Durán Cartín

(fragmento del mural de Paco Amighetti, en el Policlínico del Seguro Social)

simpatías que recogemos los que hemos tenido la dicha de llegar a una avanzada edad, es su parte al menos justa compensación de las

ERES...

A TI

Eres el claro pan de la alegría
que me nutre de luz por la mañana,
la espiga celestial de la campana
tocando golondrinas en el día...

La dulce rama de la lejanía
floreciendo asombrada en mi ventana
(Y porque está ahí, y está cercana,
me deja lleno de melancolía).

Y porque eres, ahora, inaugurado
mi nuevo corazón de la mañana
siento el latido más apreturado.

Y porque está ahí, y está cercana,
llega a mí, de nuevo y recobrado,
el amor y su rosa más temprana.

Allen Pérez Chaverri

glorias olvidadas y de los méritos discutidos de los que luchan en la mitad de la jornada o de los que murieron sin el privilegio de llegar al ocaso de la vida.

Pero soy un viejo que tiene fe en los ideales de su juventud. En mi vida ha brillado perennemente, como una estrella fija, el culto de la ciencia y hasta que llegue la hora de cerrarse mis ojos para siempre, sus fulgores atraerán de preferencia mis pensamientos.

Desde muy temprano comprendí que la medicina era mi sincera vocación y si bien ella es una carrera lucrativa y si procura ajenas ocupaciones, que absorben la vida de un hombre, por encima de todo, la he visto como un sacerdocio y como un terreno fecundo en investigaciones laboriosas que logran transformarla, como su cedió en la era feliz para la humanidad, en que se presenciaron los vuelos del maravilloso genio de Pasteur, y hoy como ayer, cuando adolescente acudía ávido de saber a los laboratorios y a los anfiteatros y bibliotecas, me atrae el libro nuevo, la experiencia reciente, el ejemplo que me da un maestro o un colega, la adivinación que sorprende en los labios de una madre, o las comprobaciones fatales de que la naturaleza castiga los que han violado sus leyes.

Considero que en nuestra profesión sería un yerro imperdonable no dejar el campo a los mejores, a los que tienen el deseo y entusiasmo para el estudio incesante que ella exige, en el libro y en el nombre, pues lo que será en otras carreras lastimoso, en la nuestra constituye delito de lesa-humanidad. El secreto de la medicina como el de todas las ciencias y las artes, como el de la misma religión es semejante y harto lo sabemos, es consagrarse a su exclusivo servicio, sin infidelidades ni flaqueza de ánimo. Todos mis trabajos, aún los que no parecieran

carrera, tienen esa significación.

La política, que para unos es ciencia profunda, en que entra la legislación, la estadística, las finanzas, que para otros es arte que apasiona, con sus mil complicaciones y sutilezas, y sus batallas, para mí ya lo dijo, con una frase lapidaria, el Sr. Fernández Guardia, no ha sido otra cosa que el cumplimiento de un deber. He sido llamado y en cierta ocasión cuando el Cuerpo Social tenía signos de aguda fiebre y naturalmente, sin vacilar, ocupé mi puesto de trabajo o de combate, tratando de prestar mi contingente de observación para el diagnóstico y dando ejemplo de esa calma imperturbable de que disfrutamos, los hombres acostumbrados a operar en carne viva y palpitante, cuando la dura realidad así lo exige.

En esto, he seguido las tradiciones que el pasado de Costa Rica me ofrecía, porque en nuestra historia algunos médicos han dejado trazas de esfuerzos meritorios en la cosa pública y la enseñanza, la higiene, las relaciones exteriores y por encima de todo, la libertad, el bien más apetecido e indispensable para la democracia, recibieron vigoroso impulso de las manos de esos colegas desaparecidos. Y ¿cómo un centroamericano dejaría de recordar al médico eminente que asistió y contribuyó con sus luces y su moderación, en aquellos tiempos heroicos de los Próceres a los primeros pasos de la República, después de la Independencia?

Concernos y estimarnos, hacer propaganda de afecto entre los contemporáneos, unir con lazos de flores el pasado y el porvenir, he aquí algo levantado y patriótico. Permítame que diga, con el sello de la lealtad que acostumbro dar a mis palabras, que había considerado irrealizable el problema de la Unión Centroamericana y que juzgo como muchos costarricenses que la primitiva federación no de

EL TICO Y SU TIERRA

por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle.— Dibujos de Walter R. Valenciano y Hugo Díaz).

—II—

LA NUEVA ERA DE COSTA RICA

Hace cien mil años el hombre vivía apenas un poco mejor que los monos que se columpiaban sobre su cabeza. Sus instrumentos eran de piedra. Trate usted de derribar un árbol, de construir una lancha con piedras afiladas, si quiere usted darse cuenta de lo que esto significa. Se enfermaba, moría, y casi siempre la muerte lo vencía en plena juventud. Si tenía algún dolor, había que soportarlo, pues entonces no existían pildoritas medicinales como ahora. Si

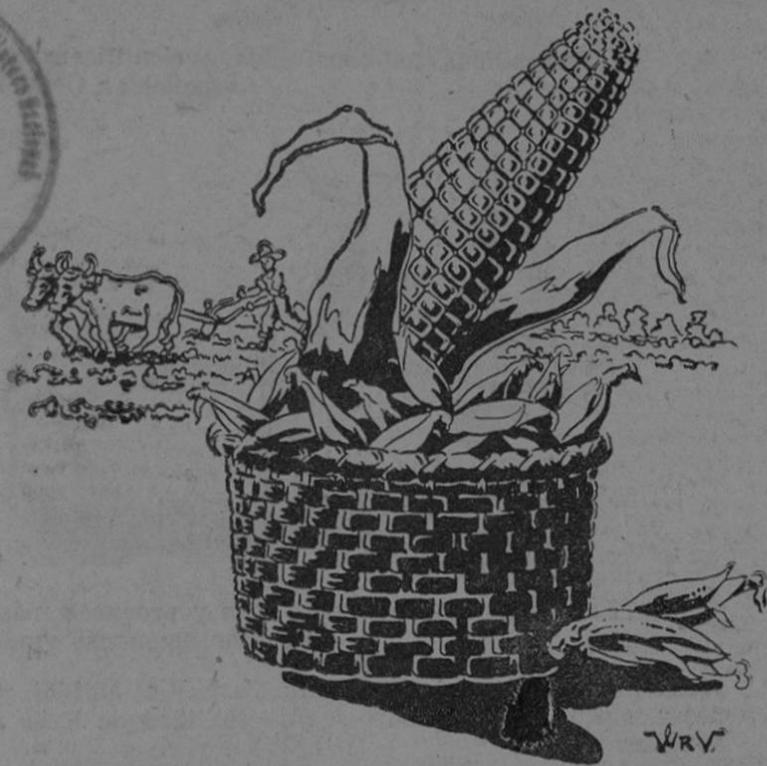
cual podía contar la mayor parte del año; sin embargo, no había maíz en abundancia. Apenas sabía rascar la superficie de la tierra con una estaca puntiaguda.

Aprendió después a domesticar animales. Todas las gallinas que vemos ahora descienden de las gallinas salvajes que vivieron antaño en las selvas lejanas, más allá del Océano Pacífico.

Fué más importante que el hombre domesticara animales de tiro; animales que podían jalar su arado, pues así fue capaz de producir más alimentos.

Mucho tiempo después inventó la imprenta y así se hizo posible el intercambio de ideas. En tiempos anteriores, si un finquero encontraba un método mejor para cultivar el frijol, poca gente, a no ser sus vecinos, llegaba a saberlo. Pero después que se inventó la imprenta, un finquero de España ya podía comunicar sus resultados sobre un mejor cultivo de frijol a otros finqueros que él ni siquiera conocía, aunque vivieran en el Canadá o en el Perú.

Los gobiernos publican los progresos agrícolas logrados en las diferentes naciones y hasta envían sus revistas gratuitamente a los agricultores de todo el mundo. Así los labra-



Los científicos han logrado que cada planta de maíz produzca 5, 10 y 15 veces más alimento que las plantas que encontró en Nicoya Gil González Dávila.

sobrevenía una sequía, las probabilidades eran de muerte, pues no se podía traer alimentos de otras partes del mundo, y se contaba con muy pocas probabilidades para almacenarlos.

Más tarde, en vez de vagar por las selvas y llanuras buscando frutas y plantas silvestres para alimentarse, aprendió a cultivar una gramínea —una gramínea muy importante que ahora llamamos maíz. Fué éste un gran paso hacia adelante, pues la tierra le produjo un alimento con el

dores de la India, de China y de Costa Rica se pueden dar cuenta de lo que se ha logrado en los Estados Unidos, por ejemplo, casi tan rápidamente como los mismos agricultores norteamericanos.

En el Siglo XVII comenzaron dos grandes periodos en la historia del género humano: la era de las exploraciones y la era de la ciencia. Tiene tal influencia la de una sobre la otra, que talvez no debieran separarse. Ambas tuvieron gran influjo en el desenvolvimiento del Nuevo Mundo.

Hombres de una raza nueva para este hemisferio, llegaron a él atravesando el Océano. Trajeron consigo nuevos métodos de producción y de destrucción: el arado y la pólvora, por ejemplo. Trajeron nuevas enfermedades que en pocos años mataron un gran número de los costarricenses primitivos que habitaban estas regiones. Muchos de los jefes de esta invasión de colonizadores eran hombres de visión limitada: no pensaban en términos de riquezas a grandes plazos, como sería explotar los productos de la tierra racionalmente, sino que querían ganancias rápidas y explotaban la tierra como si fuera una mina de oro o plata. Esta actitud última, que procedía más de la falta de visión del futuro que de la falta de buena voluntad, dió resultados que todavía están afectando la vida de cada uno de los costarricenses.

No fueron estos los únicos; había en Europa otros aventureros que nos trajeron su nueva manera de pensar, como la llevaron también a otros confines de la tierra. Todos los

jó experiencias alentadoras, pero el mundo está en vísperas de radicales transformaciones e indudablemente enlazar estos pueblos, de semejante estirpe, vecinos en la naturaleza, solidarios en sus destinos y buscar por este medio la clave de una política pacífica y sensata es un ideal digno de preocupar a los pensadores, pero eso sí, a condición de que sea nuestra libre voluntad, nuestra deliberación, fundada en cariños e intereses recíprocos, la base de la unión, que se vislumbra en el horizonte.

Fiestas como la de esta noche, son una prenda de que nuestros procedimientos se transforman. Su más alta significación es la del afecto de pueblo a pueblo...

Sean pues mis últimas y fervorosas palabras para mis colegas, a quienes tantas distinciones tengo que agradecer. Para vosotros acepto este diploma y esta medalla de oro, porque siendo así, no considero desmedido el honor. Para mis antiguos compañeros y para los jóvenes, activos, ilustrados, conscientes de sus deberes, que enaltecen con su conducta la sociedad y la Patria, para todos nuestros sucesores, ávidos de fama legítima, para quienes no es el lucro, ni el poder, ni el bienestar, el móvil supremo de la vida, sino la palma ideal, el laurel resplandeciente, como el que me habéis generosamente brindado en esa velada inolvidable.

He dicho.

países han sido influenciados por esas dos actitudes y por las consecuencias que trajeron consigo.

El principal esfuerzo hecho por los agricultores del Siglo XVII fué para obtener un creciente dominio sobre la Naturaleza.

Poco a poco, y de la misma extensión de terreno, el hombre comenzó a obtener mayor cantidad de alimento, hasta que hoy da —por ejemplo— los fitogenéticos han logrado que cada planta de maíz produzca tallos con cinco, diez y quince veces más alimento del que producían los tallos que hallaron los hombres de Gil González Dávila cuando llegaron a Nicoya por primera vez. Las vacas actuales consumen más o menos la misma cantidad de pasto que las

verse todavía en muchas caras, va siendo lenta pero seguramente conquistada por la vacuna. A medida que mejoran los servicios sanitarios y de cañería, hay un seguro descenso de las enfermedades intestinales, tales como la tifoidea. En muchas partes del mundo, ésta es casi tan desconocida como la fiebre amarilla lo es en Costa Rica.

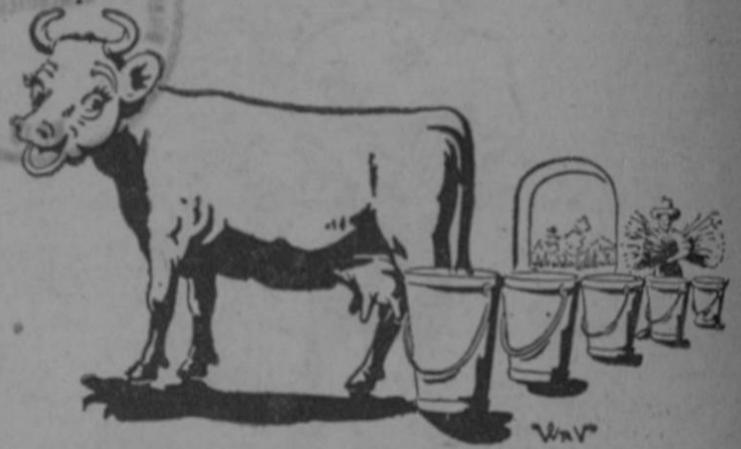
A medida q' el hombre aprende a dominar a sus enemigos, prolonga naturalmente sus años de vida. En Costa Rica el



Las gallinas modernas, cuidadas científicamente, producen 10 veces más huevos que las que trajeron los españoles a Costa Rica en el Siglo XVI.



Las vacas actuales pesan más y producen más leche que las que trajo Juan de Cavallón a Costa Rica en 1561 y consumen más o menos la misma cantidad de pasto.



vacas que trajo Juan de Cavallón a Costa Rica en 1561, pero pesan mucho más y producen más cantidad de leche que aquéllas.

Probablemente las antepasadas de nuestras gallinas no ponían más de dos docenas de huevos al año, mientras que las modernas, cuidadas científicamente, producen diez veces más.

A medida que el hombre aprende a dominar a la Naturaleza, obtiene un dominio creciente sobre sus enemigos. Muchas enfermedades que solían arrasarse al mundo como los peligrosos incendios de los bosques, son ahora casi desconocidas. La fiebre amarilla, antiguo azote del pueblo costarricense, ya no existe aquí. La viruela, cuyas huellas pueden

término medio de vida a los 10 años es de 44, es decir que un niño de 10 años puede esperar vivir hasta los 44 años. No hay datos sobre la esperanza de vida media al nacimiento, pero naturalmente que como la mortalidad infantil es todavía muy grande, ese promedio de 44 años será menos. En los Estados Unidos el promedio de vida al nacimiento se ha aumentado en 15 años después de 1900; cada niño que nace hoy en los Estados Unidos puede esperar vivir 65 años. Muchos, por supuesto, no los viven; pero muchos viven más. El número de 65 años no es más que un promedio. No hay razón alguna para que los costarricenses no puedan alcanzar los mismos años de vida. Lo que ha hecho el pueblo de los Estados Unidos, puede hacerlo el pueblo de Costa Rica

LIBROS

"VIGILIAS", por CLARIBEL ALEGRIA. Ediciones POESIA DE AMERICA. México D. F. 1953.

Fresca y delgada como el hinojo, nerviosa y fina como la llama que adelanta su porción de señales. Claribel Alegria muestra en estas viglias lo mejor de sus ortos.

De El Salvador ha salido esta juvenil minerva, pero no nos trae el desgarrón popular ni el volcánico pájaro de sus vientres, sino la delicadeza de los barro maternos, el calor emanante y el aroma de las húmedas potestades: femineidad patente, que excluye lo rudo de ciertos demagogos cabellos lar

gos. Sin embargo, el meteoro la espera con su caudal de enigmas y a él llegará por evoluciones sucesivas, una vez cumplida la cita con el éxtasis de la estrella.

El nombre que le regalaron las hadas madrinas, como creyó del suyo Amado Nervo, con tribuirá no poco a la simpatía del destino literario que le está reservado, porque es raro, musical y cantante, lleno de envidiables privilegios eufónicos: decímose Claribel Alegria, y ya tenemos en los labios un fuerte sabor a primavera, a retamas y jardines recamados de sol, como si las letras fueran pregonando la calidad saludable de quien las lleva.

Hay que saludarles las virtudes del Oficio, la entrega al canto y el emblema matutino de su palabra. Todo en ella

es transparente y aun sus miedos al reloj y al espejo se presentan desnudos, defendidos por la cota de malla del candor inicial. Resaltamos tales cualidades, porque en estos tiempos se fingen tragedias para ganar notoriedad.

Sale llesa de su primera aventura con el soneto, y no para allí, sino que alcanza dominio en la cárcel de oro; pero luego desamarrará la imagen y avanza por el poema como una abeja despojada, dejando entre las ramas su monólogo de dulzura. Una línea amorosa, de netos perfiles clásicos, preside la primera parte de este libro; la segunda es libre de tradición, aunque siguiendo las ondulaciones de la mejor lírica de su sexo.

EL ESPIRITU

Entre nosotros, a lo que descubro, la independencia nos ha impulsado sobre todo en la dirección de la actividad política, con sus ventajas y desventajas, pero todavía no ha logrado despertar lo que tanta falta nos hace: el espíritu de asociación para vivificar otros múltiples aspectos de la compleja labor colectiva.

ENRIQUE JOSE VARONA



CARTAS FEMENINAS

DEL DOLOR CONSAGRADO

Estimado señor Director:

Debo confesarle que, al volver a esta mi tierra adorable, he descubierto nada menos que a un Poeta. Así con mayúscula. Sabía que dedicaba sus muy pocas horas de descanso a la poesía. Nunca tuve ocasión de leer algo suyo. Ahora, al conocerlo de cerca, de espíritu a espíritu, he llegado a convencerme de que Costa Rica tiene un Poeta, un verdadero Poeta. El libro que ha abierto, ante mis ojos, un infinito de poesía, se titula *El Ángel y las Imágenes*. El nombre del Poeta, Fernando Centeno.

El volumen, a la par que honda inquietud anímica, revela admirable dominio de la forma. No es de esos escritos, tan comunes en la América Española, en los que el fondo desaparece bajo el cúmulo de adjetivos más o menos apropiados.

Centeno ha escogido, para estas hijas de su alma lírica, nada menos que esa rima asonante que, sin saber por qué, ha sido llamada imperfecta. Juega con los asonantes con perfección absoluta. Esa predilección ya es una evidencia artística indiscutible. También le agradan las metáforas las cuales no tienen aspecto de ser voluntariamente buscadas. Con inconsciencia natural van acercándose las unas y las otras produciendo así un rosario lírico de valor inefable. Espigo así a la ligera: las palabras callan como heridas alondras. Más allá avanza, hacia nuestro espíritu maravillado, el corazón callado del silencio. Acá tejen las arañas del silencio y de la sombra. Y apreciamos, sin quererlo, los táticos ritmos donde el tiempo se gesta. El reloj de arena es garganta frágil de las horas; en él, en todos los instantes, parece estrangulado el tiempo.

En el silencio, que tanto le impresiona, observa que los ríos se ahogan en ondas suicidas; señala la sed de los veranos, la pupila enferma de las ciénagas y la vocación del ballet de las libélulas.

Una tras otra desfilan ante nuestra pupila, saturada de admiración, imágenes de génesis lírica. Se puede afirmar que no existe página alguna en la que no surja inesperada una comparación exacta, una metáfora perfecta, original. La palabra original ha surgido de mi pluma sin que yo la buscara; ella misma se impuso ante mi conciencia porque ninguna otra adjetivación podía ser más perfecta. Diría que Centeno es un Poeta imaginífico.

Escuchemos: la altiva soledad de los mástiles; la herida carcajada de las hienas; el polvo anacoreta, paciente constructor de olvido; los ciegos veleros de la niebla; la desnuda doncellez de las estrellas; la exacta voluntad del tiempo; la verdad pensativa de los números; el mar ata muelles con cadenas de rumbos y distancias; el agua andariega del ansia, la agonía y el sueño; el sonámbulo carbunco; los galgos de cristal de la corriente; la mirada, mariposa dormida; la ardida desnudez de los estios; los perros del viento; vaivén trasmutado en golondrina; la palabra atropellada de los ríos; el sueño navegante de los cisnes; la rana que ríe del silencio... ¿Para qué espigar más? Bastan esos ejemplos, elegidos al azar, para conceder a nuestro compatriota Centeno un lugar de relieve en la lírica española. Vea, señor Director, que corregí nacional por española. Este libro es de vuelos amplios: impondrá su belleza más allá de las fronteras, más allá de los océanos.

El ritmo se impone en unos y en otros versos, a veces con independencia buscada; a veces en sumisión voluntaria a clásicas disposiciones. Ejemplo de esta segunda afirmación: el sugestivo verso en el que resalta la cadena melodiosa de cuatro cláusulas pélicas de rítmica perfecta: olvidando —la cumplida gestación— de las cosechas.

El pensamiento no ha sido olvidado en instante alguno. El Poeta se impuso una idea general que luego fué desgranando en una serie bien pensada de conceptos que nadie se atrevería a llamar subordinados y mucho menos secundarios.

El poema piensa y hace pensar. La belleza de la forma no logra, en ningún momento, separarnos de las preocupaciones del pensamiento del autor. De cuando en cuando, por si nos olvidamos de ese profundo interés, con intención sugestiva, deja caer afirmaciones concretas que parecen definiciones arrancadas a una filosofía propia.

En el *Prólogo* dice: al vivir, se muere! Junto al ser y la vida, el destino y la muerte. Fijemos el concepto: opone el destino al ser así como enfrenta la vida a la muerte. Mucho habría que decir al respecto. ¿Es el destino la nada? ¿Tiene destino la nada? ¿Existe en realidad antinomia entre esas dos ideas que están en el principio de toda filosofía?

Luego encontramos: bajo sus pies en marcha, nacieron la distancia y la ausencia. El movimiento crea la distancia; el espacio es producto de cuanto se mueve. Sin el ser móvil no existe espacio alguno. Es otro problema de íntima filosofía que no me siento en capacidad de resolver.

En el curso de la lectura nos sorprende aquello de "triste de ser grande y de ser solo". La soledad confiere grandeza: la grandeza despierta melancolía. El hombre triste y solo es el más grande. En otra forma lo dijo, en uno de sus dramas inolvidables, el viejo Ibsen.

Más lejos, el bardo de lírica inspiración se pregunta y, al hacerlo, nos interroga para sumergirnos en onda inquieta de incertidumbre: ¿Por qué es muerte tornadiza la del viento que nunca tuvo ayer y no recuerda? El viento ejerce siempre su embrujo constante en su inconstancia: en el viento se escribe el ayer, el mañana, la roja protesta en ausente palabra. Observemos que no recuerda el hoy, el presente, tal vez porque está convencido de que nada es tan fugaz como el hoy que apenas surge del pasado se desvanece en el futuro.

De nuevo, desprendiéndose del espíritu del poeta, aparece el destino que, si allá se opone al ser, aquí se escribe en el agua andariega, se escribe con ansia, con agonía, con ensueño. ¿Habrá evocaciones de Kierkegaard en esa estrofa?

Desconcierta —y es natural— la espera como anhelo infinito de los muertos. Esperan lo que en la vida nunca soñaron posible: la resurrección que es un nuevo y más perfecto nacimiento. ¡Ay del vivo que no alienta esperanzas! ¡Miserable el muerto que en nada espera!

La vida está construida con la carne y la sangre de los muertos, exclama en el poema titulado *Símbolo*. Sin muerte no hay resurrección; sin resurrección no es posible el nacimiento; sin nacimiento, la



61
Así
Visten
Ellas



ISABEL ANTONINI V.

Murmullo azul, gracia de la espuma... Luz brotada, en rosas, de la rama augusta... Afirmación de la estatua en flor... del ensueño, Del más concreto sueño.

(Foto Solano)

Temas Pedagógicos

Por JUSTO B. TERAN

Tan grande es la tarea de la higiene que no será sino inmensa la cosecha con sólo limitarla al primer agente higiénico: el agua.

"La civilización en la primaria forma del agua" es todavía ignorada, desgraciadamente, en lugares apartados de la república. La limpieza personal, el agua abundante y frecuente, el lavado de los dientes.

El cuidado de los dientes es un asunto de una trascendencia desconocida en las poblaciones. No saben que es la mitad de la digestión y base necesaria para la alegría que da la buena digestión. No hay trabajo rendidor para un enfermo de los dientes. Los pedagogos saben bien que un niño con

dientes enfermos es desatento e indisciplinado, malhumorado y apático

Demuéstren cómo gastando dos minutos cada día se economizan años de pesares y molestias. Logrando esta tarea la riqueza en muchas horas de trabajo útil, suprimiendo las malas dentaduras, que son causa del mal humor, las fallas en el trabajo y de malas nutriciones.

Del valor de la alegría y de una línea de belleza en la vida.

Enseñan a crearla utilizando elementos que están siempre a la mano. Con maderas toscas se hacen muebles rústicos, mesas, sillas, estantes, asientos de jardín. Con varilla de saucos o caña hueca se hacen canastos que se llaman de flores o de trepadoras. También se pintan y se decoran fácilmente, si son de caña hueca.

vida no existiría. En el alba está la cuna; en el ocaso se encuentra el sepulcro. Porque el ocaso es la muerte de la tarde —espléndida muerte!— y la tarde es la muerte del alba. Ese mismo crepúsculo que aquí es muerte, allá será infancia: la infancia de la noche, fantástica infancia de luz y de colores.

Y si eso fuera poco, nace la afirmación desde hace rato esperada: nada fué antes, ni después sino en su día. Todo es ahora y aquí.

Casi al final del poema —¡lástima que ya no concluya!— encuentro el elogio más grande que del dolor pueda hacerse: del dolor consagrado nace la canción y el hombre.

Mi estimado señor Director, lea ese libro de poemas de un compatriota suyo. Con cuánto orgullo repito, de un compatriota nuestro. Costa Rica y los costarricenses han de sentirse más grandes y mejores con este libro de poesía verdadera, de emoción y de pensamiento, de humildad franciscana y de soberbia demoníaca!

Lo saluda con la estima de siempre,

LUZ DEL ALBA

LA CUENCA DEL RIO

Cuenca del Tempisque. Segunda y última parte.

Por VIRGILIO CAAMAÑO



LAS FIESTAS DE TOROS Y DE CABALLOS

No sólo en las poblaciones de la cuenca del Tempisque se celebran fiestas de toros y de caballos; en la mayoría de los pueblos del país se hace eso; pero en ningún otro lugar tienen esas fiestas el sabor regional y típico, el gran lucimiento folklórico, que en los pueblos de la tierra de los sabaneros.

Allí, la competencia de exhibición de aperos y encazados de las bestias, el afán de demostrar verdaderas proezas en la equitación, la oportunidad de lucir dichos y retahilas.

Y el caballo pareciera entender las vanidades de su amo: toma poses arrogantes, respota las narices, hace lindas cabriolas, se atraviesa en la calle, rasca con las patas delanteras y hasta simula bajar al compás de los aires de la marimba. ¿Es de mala fe que, mientras van disputándose una carrera, el uno trate de derribar mañosamente a su compañero? Quizás no. Allá el otro sí se deja sacar el pie del estribo, o si al correr abrazado con su contrincante deja que éste se le guinde.

Las fiestas de toros resultan lucidas en esta región porque solamente los que saben montar, sortear y lazar, son los que se meten a la plaza; los demás ven los toros de la barrera, pues saben que son fieras temibles.

Dicen que los sabaneros tienen el siguiente secreto para que no los bote el toro: cogen dos hojas de guayabo y con cada pierna prensan una de esas hojas contra el ala de la albarda; si aflojan las piernas y dejan caer las hojas, pueden correr el riesgo de venirse al suelo.

LAS BODAS Y LOS BAUTIZOS

No transigen con el matrimonio civil estas gentes; sus bodas han de ser por la iglesia y con aquel sabor regional tan único en los pueblos de la cuenca.

El novio, la novia, los padres, parientes y amigos de ambos, se trasladan al pueblo que sirve de residencia al sacerdote, en una alegre cabalgata, cuyo imponente desfile abren los contrayentes en bien adornadas bestias.

A trechos se detiene la comitiva a la sombra de un frondoso árbol para repartir algún trago

entre los concurrentes.

La ceremonia nupcial se celebra comúnmente en la madrugada del sábado, pasando de la iglesia a la casa en donde ha de recibirse a los desposados, a tomar un comfortable café con bizcochos, tanelas, tayuyas, marquesotes y otras ricas golosinas. El regreso se hace con mayor animación y en el barrio ya se ha preparado un lujoso recibimiento a los recién casados, con baile y ricas comilonas.

Para llevar a bautizar a una criatura, sólo se observa la concurrencia de los padres, padrinos y algún otro pariente, correspondiendo al padre llevar al niño en una especie de hamaca, que hace con una sábana cruzada por los hombros, y amarrada en sus esquinas diagonales hacia la espalda; allí acomoda a la criatura de tal modo, que vija muellemente durante tantas horas que dura el traslado al pueblo en donde ha de efectuarse el bautizo. La bestia en que se lleva al niño ha de ser, desde luego, muy mansa, firme y de buen paso.

LAS SERENATAS Y LAS PARRANDAS

El espíritu alegre del habitante de esta región necesita frecuentes expansiones; he aquí una justificación de las parrandas y las serenatas los sábados por la noche.

La marimba llena el ambiente de la hermosa sala con sus picantes sonos regionales; hay olor a resedas; las lindas muchachas morenas, con vistosos lazos de cintas en la cabeza, esperan impacientes la cita.

Muchas de esas muchachas han venido desde lejos a la parranda; las han traído sus novios o sus hermanos a la polca, en sus bestias.

Las parejas se animan y la parranda adquiere inusual entusiasmo, cuando en las tablas de la marimba traquetean los bolillos las alegres notas del Punto Guanacasteco.

El sabanero, y en general el individuo de toda la cuenca en descripción, es artista por tradición familiar, siendo un gran enamorado de la música. Por eso, cuando la luna tiende sobre la tibia campiña su plateado palio, y el cuye con su interminable cantar denuncia la hermosura esplendente de la noche, el ribereño toma su guitarra mientras todo el mundo duerme, para ir a la ventana de su adorada chavalita a desgranar la mejor trova que se canta en el barrio. ¡Una serenata de las que cantan ellos!

LAS LAGUNAS DE LA CUENCA

En algunas secciones próximas al Tempisque y sus afluentes, el terreno es tan bajo y llano, que vienen a formarse grandes lagunas durante el invierno.

En ellas abundan aves acuáticas que dan ricas carnes y valiosas plumas: patos, piches, carracos, zarcetas, cuervos, garzas (de algunas variedades), etc. Abundan asimismo peces que, como el bagre y el culminate, proporcionan muy buena alimentación a los habitantes de la cuenca.

Una de esas lagunas es la de San Fernando, que en una extensión de cerca de dos mil manzanas, abarca desde Pozo de Agua hasta cerca de la confluencia del Bebedero con el Tempisque.

A esta laguna le entra marea por el esterón de Corral de Piedra; de ahí que sus aguas salo-

res perjudiquen los cultivos de arroz que con admirable éxito han ensayado en esas bajuras. Tapan con un buen dique la boca de este esterón, serían habilitadas estos miles de manzanas de terrenos cenagosos, para cultivar incalculables cantidades de arroz.

No menos digna de citarse es la laguna de Tortugal, formada por las aguas del Río Lajas, que se desparraman en esas bajuras limitadas por Cerro Gordo, y que luego caen en Bebedero por el Esterón de la Piñuela.

El ganado se interna en esas lagunas en busca de ciertas plantas como el chorizo y la lechuguilla, las cuales comen apetitosamente, pasando largas horas a veces con el agua hasta la panza, y saliendo a ratos a las partes altas o tiesas para no entumecerse.

LAS GARZAS DE LAS LAGUNAS

Fantásticos arreboles refractados en las tranquilas aguas de la laguna, semejan las parvadas de garzas rosadas que pueblan aquellas bajuras. Es un cuadro verdaderamente encantador.

Pero hay que admirar las miríadas de garzas blancas que, ya en grandes manchas, aparecen tranquilas en la orilla del agua o, ya circunvalando sobre la laguna, forman nubes bandadas caprichosas, constituyendo una riqueza enorme botada en aquellas extensiones de turbias aguas.

Entre mayo y noviembre, las garzas blancas se cubren en la rabadilla de largos y valiosísimos plumones de más de un metro de largo, como un lucido velo que la Naturaleza pusiera a esas novias de la laguna en la época en que van a tener sus polluelos.

En los mercados estadounidenses ha llegado a cotizarse a cinco dólares la onza de esta clase de plumas, cantidad que puede proveerla sobradamente tres garzas. Lo malo es que los buscadores de plumas las matan para la explotación del artículo, en vez de hacer como en Venezuela y otros países, en que se prevalece de trampas, o aguardan en los gercos a que el animal bote las plumas.

OTRAS AVES DE LA CUENCA

En la gran planicie regada por la cuenca del Tempisque hay frondosos bosques que estimulan la existencia de gran cantidad de aves diferentes: lapas, loras, cotorras y pericos son muy domesticables; las perdices, codornices, y palomas dan exquisitas carnes; el tinto y la urraca son buenos amigos del ganado; la chorchá, el chichiltote y el agüo son perseguidos por su bonito canto; el toledo, el paravós y el quetzalillo tienen lindo plumaje; el alcaraván y el bobo dan las horas, el guaco anuncia el cambio de tiempo; el cuye es el pájaro fantástico de la noche; hay algunas variedades de lechuzas, gavilanes y carpinteros. Los zopilotes, zonziches y querques abundan en la región ribereña.

LOS JAGUARES Y LOS PUMAS

Los jaguares y los pumas viven de preferencia en las faldas boscosas de las cordilleras y sus estribaciones, de donde bajan a las llanuras a buscar alimento, emprendiendo correrías nocturnas por las haciendas.

Persiguen cobardemente a las

reses que por su edad y tamaño no pueden defenderse; y suelen arrastrarlas hacia los matorrales o sitios sombríos para devorarlas con más confianza.

Los sabaneros son hábiles cazadores de estos felinos, previniéndose de perros adiestrados para perseguirlos y obligarlos a treparse a algún árbol frondoso, cuyo tronco presente bastante inclinación; allí son tirados con facilidad.

La piel de nuestros leones y tigres es sumamente apreciada por artífices propios de ese material; también han dado en sacarla con la cabeza y las garras, para usarla como alfombra y adorno de sala.

EL COYOTE O LOBO AMERICANO

Parece un enorme perro teclote de cabeza muy grande, con las orejas paradas y la cola ligeramente curvada y mechuda hacia el extremo. Vive en pleno llano, en donde pasa las noches y las siestas metido en las breñas o matorrales de la pampa; siempre anda con la hembra y cuatro o cinco coyotitos de los dos últimos partos de ésta.

El coyote tiene su sitio o campo de acción en determinado radio de la llanura; así, no es raro observar a dos coyotes viejos peleando encarnizadamente por la posesión de un llano, buscando el vencido otro sitio, en donde pasar la vida con su familia.

El coyote se alimenta de ganados menores: terneros, cabras y cerdos; de animales silvestres pequeños: conejos, pizotes, tepalcuines, guatusas; roba aves en las haciendas: gallinas, patos, chompipes. Cuando escasa la comida favorita, busca nancitos, aceitunas, jocotes, gútiles y otras frutas del llano.

El sabanero no da tregua a la propagación del coyote, por los daños que ocasiona en las haciendas, y no es la primera vez que corre tras alguno encontrado en el llano, lo laza y lo lleve de rastro hasta matarlo.

LOS MURCIÉLAGOS VAMPIROS DE LA PAMPA

En el llano abundan los murciélagos, en las oquedades de los paredones de las quebradas y de los troncos viejos.

De noche vuelan por aquellas praderas en busca de alimento, decidiendo incrustarle los colmillos en la parte alta de la paleta a alguna bestia que duerme profundamente, para chuparle una buena cantidad de sangre.

Si el murciélago pudiera taponear la herida luego de hacer la succión, para atajar la hemorragia, no sería tan dañina su acción; pero como la herida queda sangrando, al día siguiente llegan las moscas a depositar sus queresas; que bien pronto habrán de convertirse en gusaneras de funestas consecuencias.

Los sabaneros tienen que andar inspeccionando día a día, por aquellas llanuras, el ganado que ha sido objeto de las mordeduras de los murciélagos.

Como hacen también sus incursiones por los gallineros, las gentes guindan haces de plumas de lapas en esos sitios, en la creencia de que tales plumas los ahuyentan.

Se alimentan de frutas, las cuales dan en chupar, característica forma de alimentarse; circunstancia que hace pensar a los travi-

TEMPISQUE

LAS POBLACIONES DE LA REGION

En la gran extensión de toda esta magnífica cuenca hay lugares pintorescos y sanos para vivir; de ahí que haya muy interesantes poblaciones en esa vasta región.

Liberia, cabecera de la provincia, situada a la margen derecha del río del mismo nombre, es una ciudad muy extensa y limpia, con sus calles y avenidas arenosas y caseajosas, planas y bien delimitadas. Le llaman la Ciudad Blanca. Bordeadas por el Tempisque están Palmira, de muy bonito aspecto; Paso del Tempisque, cuya notoria actividad está influenciada por el ingenio de azúcar y hacienda del Tempisque; Filadelfia, cabecera del cantón de Carrillo, de condiciones sanitarias y laboriosidad muy recomendables. Antes se le denominaba Siete Cueros.

Sardinal, San Blas y Belén, destacadas en planicies pintorescas, reflejan la vida apacible y dedicada al trabajo de sus habitantes. Santa Cruz, la ciudad del Diria, expresión de alegría ilimitada, y de progreso constante, es uno de los centros comerciales, agrícolas e industriales más pujantes de la provincia.

Lagunilla y Arenal, hacia la costa, están asentadas en la planicie de la cuenca, en descripción, y responden a actividades agrícolas y pecuarias de gran importancia.

Bolsón, Ortega, Santa Bárbara, San Juan y Arado, del cantón de Santa Cruz, pertenecen a las poblaciones importantes de la gran planicie del Tempisque y sus afluentes.

De la misma llanura de esta interesante cuenca, en la jurisdicción del cantón de Nicoya cabe citarse otros importantes núcleos caracterizados por su gran afición a la cría de ganado y a la agricultura en general: Corrales, San Antonio, Pozo de Agua, Humo, Caballito, Quebrada Honda, Copal, Roblar, El Rosario, San Lázaro y Moracia.

En los cantones de Cañas y Bagaces están las villas cabeceras que llevan estos mismos nombres, la primera de muy atractivo aspecto y de constante afán de progreso, la segunda de un espíritu característicamente pampero, justamente enorgullecida de haber sido la cuna de uno de los más ilustres Presidentes de Costa Rica, don Tomás Guardia.

LA ESCUELA Y LA IGLESIA

La fama de Costa Rica como país altamente preocupado por la cultura de sus hijos, puede palparse en esta región en donde existen escuelas oficiales en todas sus poblaciones.

No importa la modestia de los edificios escolares en que se imparte la educación en esta zona; lo interesante es la excepcional devoción de los maestros en su delicada misión, salvando inteligentemente las dificultades ambientales para preparar la niñez, y la gran preocupación de los regionales en hacer aprovechar debidamente los beneficios de la escuela.

En los pueblos diseminados niños recorren grandes distancias para recibir la educación. Algunas veces concurren a caballo, llevando en ancas de la bestia a aquellos compañeritos que carecen de tal medio de traslado. De todos modos el niño guanacasteco es perseverante y cumplido en la escuela, altamente comprensivo del noble propósito de educarse. El credo religioso predominante



Escena característica en un pueblo de la Cuenca del Tempisque.

en esos lugares de la cuenca del Tempisque es el católico, en las poblaciones citadas, salvo poquísimas excepciones, hay iglesias de arquitectura sencilla y no menos modesta construcción.

LOS JUECES DE PAZ Y LOS COMISARIOS

Se ha pensado en la patriótica misión de los jueces de paz y de los comisarios en los barrios de estas vastas regiones de la cuenca del Tempisque?

Recorren grandes distancias a pie o en su propia bestia para hacer la citación de un testigo, la conminatoria de una orden de policía, el cobro de un detalle; son los primeros en estar alertas en las parrandas, en los rezos, en las fiestas del barrio, para velar por el orden en esos actos y para garantizar la vida y la propiedad de sus convecinos.

No devengan sueldo alguno por los grandes servicios que prestan a la comunidad, no obstante que su tranquilidad y sus propios intereses suelen salir perjudicados en el desempeño de sus cargos; llevan grandes aguaceros, regresan a sus casas tarde y cansados, tienen que desvelarse, se exponen a ser golpeados en los bochinches, reciben insultos injustamente, se exponen a muchos peligros.

Ah, pero ellos tienen un concepto muy amplio de su deber y condición de costarricenses, y saben que Costa Rica ha puesto en sus manos, en aquella varita nudosa de guayacán con su lazo de cinta, la gran responsabilidad de velar por la paz, por el orden y por el respeto a las leyes y a las instituciones patrias, aun a riesgo de su propia vida.

LAS VIAS DE COMUNICACION

Queda indicado ya que un gran trecho del Tempisque, y de sus afluentes el Bolsón y el Bebedero constituyen las vías fluviales de que se sirven los guanacastecos para sus relaciones con Puntarenas y el Interior.

Conviene decir que en la cuenca del Tempisque existen rutas aéreas que alientan esas relaciones, habiendo cómodos campos de aterrizaje en Liberia, Bagaces, Cañas, Santa Cruz, Nicoya, Filadelfia, Paso del Tempisque y Sardinal.

Imponente, en sumo grado, es el paisaje de la región, visto desde la cabina del aeroplano, con sus activas extensiones, sus ríos, sus lagunas, sus llanuras.

Las carreteras, que en el verano permiten viajar hasta en automóviles, en el invierno resultan intransitables. El agua de las lluvias de la época invernal convierte en lodazales aquellos caminos, resultando el tránsito a veces muy

perigroso, algunos de los ríos se desbordan y encauzan sus aguas en grandes trechos por esos caminos.

Las principales carreteras que van de los puertecitos fluviales a los centros cabeceras de cantón Coyolán - Nicoya, Humo - Nicoya, Bolsón - Santa Cruz, Ballena - Filadelfia, Bebedero - Liberia, Bebedero - Cañas; como también lo están con los distritos de los respectivos cantones.

CANCIONES Y RETAHILAS

Así como el caballo es el brazo derecho del sabanero en los afanes materiales de su vida pampera, así la guitarra es la mejor amiga en sus expansiones espirituales.

Las mejores canciones populares, de sabor y origen criollos, provienen de la región de las pampas. Cómo transportar el espíritu a un plano de desbordante entusiasmo las canciones regionales guanacastecas! "Morena Linda", "He guardado en mi Alma", "Pasión", "Amor de Temporada", "Pajarillo Chichiltote", "El Coyolito", "El Indio Enamorado", "Ay Tituy" y una interminable lista de lindas canciones, constituyen la más elocuente demostración del temperamento alegre del pampero.

Las retahilas son dichos que, ya en comunión de las actividades de la cuenca, ya en las fiestas de la región, suelen espetar en voz alta los sabaneros y demás regionales del campo para hacer alguna alusión indirectamente:

Ey víbor, viborona,
chiquita pero galana;
si ya no se pudo ahora
me aguardo para mañana.

O como esta otra:

Ey gallo madrugoncito,
gallito cantor del prado;
por qué me cree la chavala
tan feo y tan desgraciado.

Interminable resultaría la cita de tanta picante retahila, en que salta, como brote espontáneo del ingenio y de la sagacidad del hijo moreno de la pampa, la ocurrencia y el desquite en una forma rimada y elegante.



UN DIALOGO QUE SERVIRA DE EXPOSICION

—Aguarda, hija, no vayas tan aprisa —dijo Golfín, deteniéndose—; déjame encender un cigarro.

Estaba tan serena la noche, que no necesitó emplear las precauciones que generalmente adoptan contra el viento los fumadores. En cendido el cigarro, acercó la cerilla al rostro de la Nela, diciendo con bondad:

—A ver, enséñame tu cara,

Mirábale asombrada la muchacha, y sus negros ojuelos brillaron con un punto rojizo, como chispa, en el breve instante que duró la luz del fósforo. Era como una niña, pues su estatura debía contarse entre las más pequeñas, correspondiendo a su talle delgadísimo y a su busto mezquinamente constituido. Era como una jovenzuela, pues sus ojos no tenían el mirar propio de la infancia y su cara revelaba la madurez de un organismo que ha entrado o debido entrar en el juicio. A pesar de esta desconformidad, era admirablemente proporcionada, y su cabeza chica remataba con cierta gallardía el miserable cuerpecillo. Alguien la definía mujer mirada con vidrio de disminución; alguno como una niña con ojos y expresión de adolescente. No conociéndola, se dudaba si era un asombroso progreso o un deplorable atraso.

—¿Qué edad tienes tú? — preguntó Golfín, sacudiendo los dedos para arrojar el fósforo, que empezaba a quemarle.

—Dicen que tengo diez y seis años — replicó la Nela, examinando a su vez al doctor.

—Diez y seis años! Atrasadilla están hija. Tu cuerpo es de doce, a lo sumo.

—Madre de Dios! Si dicen que yo soy como un fenómeno... — manifestó ella en tono de lástima de sí misma.

—Un fenómeno! — repitió Golfín poniendo su mano sobre los cabellos de la chica—. Podrá ser. Vamos, guíame.

—Dime —le preguntó Golfín—, ¿vives tú en las minas? ¿Eres hija de algún empleado de esta posesión?

—Dicen que no tengo madre ni padre.

—¡Pobrecita! Tú trabajarás en las minas...

—No, señor. Yo no sirvo para nada — replicó sin alzar del suelo los ojos.

—Pues a fe que tienes modestia.

Golfín le acarició el rostro con su mano, tomándolo por la barba y abarcándolo casi todo entre sus gruesos dedos.

—¡Pobrecita! —exclamó—. Dios no ha sido generoso contigo. ¿Con quién vives?

—Con el señor Centeno, capaz de ganado en las minas.

—Me parece que tú no habrás nacido en la abundancia. ¿De quién eres hija?

—Dicen que mi madre vendía pimientos en el mercado de Villamojada. Era soltera. Me tuvo un día de Difuntos, y después se fué a criar a Madrid.

—¡Vaya con la buena señora! —murmuró Teodoro con malicia—. Quizás no tenga nadie noticia de quién fué tu papá.

—Sí, señor —replicó la Nela, con cierto orgullo—. Mi padre fué el primero que encendió las luces en Villamojada.

—¡Cáspita!

—Quiero decir que cuando el Ayuntamiento puso por primera vez faroles en las calles —dijo, como queriendo dar a su relato la gravedad de la historia—, mi padre era el encargado de encenderlos y limpiarlos. Yo estaba ya criada por una hermana de mi madre, que era también soltera,



E la vasta obra del gran escritor español Benito Pérez Galdós hemos tomado uno de sus personajes más delicados: Marianela, la muchacha sin atractivos que está enamorada de un señorito ciego y que muere de desesperación y de vergüenza cuando el ciego recobra la vista y puede darse cuenta de la fealdad física de la muchacha a quien creía, por su bondad y su dulzura, la perfección misma. Dentro de la producción de Pérez Galdós, lo más resonante son sus famosos Episodios Nacionales. Su género no es propiamente novelas como Marianela, que pertenece al tipo de la novela romántica, un tanto sensiblera, pero trazada con el magnífico, con el claro y luminoso estilo de don Benito.

por BENITO PEREZ GALDOS

según dicen. Mi padre había nacido con ella... Dicen que vivían juntos... todos vivían juntos... y cuando iba a farolear me llevaba en el cesto, junto con los tubos de vidrio, las mechas, la acetona... Un día dicen que subió a limpiar el farol que hay en el puente, puso el cesto sobre el antepecho, yo me salí fuera, y caíme al río.

—¡Y te ahogaste!

—No, señor, porque caí sobre piedras. ¡Divina Madre de Dios! Dicen que antes de eso era yo muy bonita.

—Sí, indudablemente eras muy bonita —afirmó el forastero, el alma inundada de bondad—. Y todavía lo eres... Pero dime: ¿hace mucho tiempo que vives en las minas?

—Dicen que hace tres años. Dicen que mi madre me recogió después de la caída. Mi padre cayó enfermo, y como mi madre no le quiso asistir porque era malo, él fué al hospital, donde dicen que se murió. Entonces vino mi madre a trabajar a las minas. Dicen que un día le despidió el jefe porque había bebido mucho aguardiente...

—Y tu madre se fué... Vamos, ya me interesa esa señora. Se fué...

—Se fué a un agujero muy grande que hay allá arriba —dijo Nela, deteniéndose ante el doctor y dando a su voz el tono más patético—, y se metió dentro.

—¡Canario! ¡Vaya un fin lamentable! Supongo que no habrá vuelto a salir.

—No, señor —replicó la chiquilla con naturalidad—. Allí dentro está.

—Después de esa catástrofe, pobre criatura —dijo Golfín con cariño—, has quedado trabajando aquí. Es un trabajo muy penoso el de la minería. Estás teñida del color del mineral; está raquítica y mal alimentada. Esta vida destruye las naturalezas más robustas.

—No, señor, yo no trabajo. Dicen que yo no sirvo ni puedo servir para nada.

—Quita allá, tonta, tú eres una alhaja.

—Que no, señor —dijo la Nela, insistiendo con energía—. Si no puedo trabajar. En cuanto cargo un peso pequeño, me caigo al suelo. Si me pongo a hacer una cosa difícil, en seguida me desmayo.

—Todo sea por Dios... Vamos, que si cayeras tú en manos de personas que te supieran manejar, ya trabajarías bien.

—No, señor —repitió la Nela con tanto énfasis, como si se elogiara—, si yo no sirvo más que de estorbo.

—¿De modo que eres una vagabunda?

—No señor, porque acompaño a Pablo.

—¿Y quién es Pablo?

—Ese señorito ciego, a quien usted encontró en La Terrible. Yo soy su lazarillo desde hace año y medio. Le llevo a todas partes; nos vamos por los campos paseando.

—Parece buen muchacho ese Pablo.

Detúvose otra vez la Nela mirando al doctor. Con el rostro resplandeciente de entusiasmo, exclamó:

—¡Madre de Dios! Es lo mejor que hay en el mundo. ¡Pobre amito mío! Sin vista tiene él más talento que todos los que ven.

—Me gusta tu amo. ¿Es de este país?

—Sí, señor: es hijo único de don Francisco Penáguilas, un caballero muy bueno y muy rico que vive en las casas de Aldeacorba.

—Dime: ¿y a ti por qué te llaman la Nela? ¿Qué quiere decir eso?

La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa, repuso: —Mi madre se llamaba la seña María Canela, pero la decían Nela. Dicen que éste es nombre de perra. Yo me llamo María.

—Mariquita.

—María Nela me llaman, y también la Hija de la Canela. Unos me dicen Marianela, y otros nada más que la Nela.

—¿Y tu amo te quiere mucho?

—Sí, señor; es muy bueno. El dice que ve con mis ojos, porque como le llevo a todas partes, y le digo cómo son todas las cosas...

—Todas las cosas que no puede ver —indicó el forastero, muy gustoso de aquel coloquio.

—Sí, señor, yo le digo todo. El me pregunta cómo es una estrella, y yo se la pinto de tal modo, hablando, que para él es lo mismo que si la viera. Yo le explico cómo son las hierbas y las nubes, el cielo, el agua y los relámpagos, las veletas, las mariposas, el humo, los caracoles, el cuerpo y la cara de las personas y de los animales. Yo le digo lo que es feo y lo que es bonito, y así se va enterando de todo.

—Veo que no es flojo tu trabajo. ¿Lo feo y lo bonito! Ahí es nada... ¿Te ocupas de eso?... Dime, ¿sabes leer?

—No, señor. Si yo no sirvo para nada.

Decía esto en el tono más convincente, y con el gesto de que acompañaba su firme protesta, parecía añadir: «Es usted un majadero al suponer que yo sirvo para algo.»

—¿No verías con gusto que tu amito recibiera de Dios el don de la vista?

La muchacha no contestó nada. Después de una pausa, dijo:

—¡Divino Dios! Eso es imposible.

—Imposible no, aunque difícil. El ingeniero director de las minas ha dado esperanzas al padre de mi amo.

—¿Don Carlos Golfín?

—Sí, señor; don Carlos tiene un hermano médico que cura los ojos, y, según dicen, da vista a los ciegos, arregla a los tuertos y les endereza los ojos a los bizcos.

—¿Qué hombre más hábil!

—Sí, señor, y como ahora el médico anunció a su hermano que iba a venir, su hermano le escribió diciéndole que trajera las herramientas para ver si le podía dar vista a Pablo.

—II—

TONTERIAS

Pablo y Marianela salieron al campo, precedidos de CHOTO, que iba y volvía gozoso y saltón, moviendo la cola y repartiendo por igual sus caricias entre su amo y el lazarillo de su amo.

—Nela —dijo Pablo—, hoy está el día muy bonito. El aire que corre es suave y fresco, y el sol calienta sin quemar. ¿Adónde vamos?

—Echaremos por estos prados adelante —replicó la Nela, metiendo su mano en una de las faltriqueras de la americana del mancebo—. ¿A ver qué me has traído hoy?

—Busca bien, y encontrarás algo —dijo Pablo, riendo.

—¡Ah, Madre de Dios! Chocolate crudo... ¡Y poco que me gusta el chocolate crudo!... Nueces... una cosa envuelta en un papel...

—¿Adónde vamos hoy? —repitió el ciego.

—Adonde quieras, niño de mi corazón —repuso la Nela, comiéndose el dulce y arrojando el papel que lo envolvía—. Pide por esa boca, rey del mundo.

Los negros ojuelos de la Nela brillaban de contento, su cara de avicilla graciosa y vivaracha multiplicaba sus medios de expresión, moviéndose sin cesar. Mirándola, se creía ver un relampagueo de reflejos temblorosos, como los que produce la luz sobre la superficie del agua agitada. Aquella débil criatura, en la cual parecía que el alma estaba como prensada y constreñida dentro de un cuerpo miserable, se ensanchaba, se crecía maravillosamente al hallarse sola con su amo y amigo. Junto a él tenía espontaneidad, agudeza, sensibilidad, gracia, donosura, fantasía. Al separarse, creíase que se cerraban sobre ella las negras puertas de una prisión.

—Pues yo digo que iremos adonde tú quieras —observó el ciego—. Me gusta obedecerte. Si te parece bien, iremos al bosque que está más de Saldeoro. Esto si te parece bien.

—Bueno, bueno, iremos al bosque —exclamó la Nela, batiendo palmas—. Pero como no hay prisa, nos sentaremos cuando estemos cansados.

—Y que no es poco agradable aquel sitio donde está la fuente, ¿sabes, Nela?, y donde hay unos troncos muy grandes, que parecen puestos allí para que nos sentemos nosotros, y donde se oyen cantar tantos, tantísimos pájaros, que es aquello la gloria.

—Pasaremos por donde está el molino, de quien tú dices que habla mascullando las palabras como un borracho. ¡Ay!, qué hermoso día y qué contento estoy?

—¿Brilla mucho el sol, Nela? Aunque me digas que sí, no lo entenderé, porque no sé lo que es brillar.

—Brilla mucho, sí, señorito mío. ¿Y a ti qué te importa eso? El sol es muy feo. No se le puede mirar a la cara.

—¿Por qué?
—Porque duele.
—¿Qué duele?
—La vista. ¿Qué sientes tú cuando estás alegre?
—¿Cuando estoy libre, contigo, solos los dos en el campo?
—Sí.
—Pues siento que me nace dentro del pecho una frescura, una suavidad dulce...
—¡Ahí te quiero ver! ¡Madre de Dios! Pues ya sabes cómo brilla el sol.
—¿Con frescura?
—No, tonto.
—Pues ¿con qué?
—Con eso.
—Con eso... ¿Y qué es eso?
—Eso — afirmó nuevamente la Nela con acento de firme convicción.

—Ya veo que esas cosas no se pueden explicar. Antes me formaba yo idea del día y de la noche. ¿Cómo? Verás: era de día, cuando hablaba la gente; era de noche, cuando la gente callaba y cantaban los gallos. Ahora no hago las mismas comparaciones. Es de día, cuando estamos juntos tú y yo; es de noche, cuando nos separamos.

—¡Ay, divina Madre de Dios! — exclamó la Nela, echándose atrás las guedejas que le caían sobre la frente—. A mí, que tengo ojos, me parece lo mismo.

—Voy a pedirle a mi padre que te deje vivir en mi casa para que no te separes de mí.

—Bien, bien — dijo María, batiendo palmas otra vez.

Y diciéndolo, se adelantó saltando algunos pasos; y recogiendo con extrema gracia sus faldas, empezó a bailar.

—¿Qué hace, Nela?

—¡Ah, niño mio, estoy bailando! Mi contento es tan grande, que me han entrado ganas de bailar.

—¡Ay Nela! — exclamó Pablo vivamente—. Tus disparates, con serlo tan grandes, con cautivan, porque revelan el candor de tu alma y la fuerza de su fantasía. Todos esos errores responden a una disposición muy grande para conocer la verdad, a una poderosa facultad tuya, que sería primorosa si estuviera auxiliada por la razón y la educación... Es preciso que tú adquieras un don precioso de que yo esto privado; es preciso que aprendas a leer.

—¿A leer!... ¿Y quién me ha de enseñar?

—Mi padre. Yo le rogaré a mi padre que te enseñe. Ya sabes que él no me niega nada. ¡Qué lástima tan grande que vivas así! Tu alma está llena de preciosos tesoros. Tienes bondad sin igual y fantasía seductora. De todo lo que Dios tiene en su esencia absoluta, te dió a ti parte muy grande. Bien lo conozco; no ver lo de fuera, pero veo lo de dentro, y todas las maravillas de tu alma se me han revelado desde que eres mi lazarillo... ¡Hace un año y medio! Parece que fué ayer cuando empezaron nuestros paseos... No, hace miles de años que te conozco. ¡Porque hay una relación tan grande entre lo que tú sientes y lo que yo siento!... Has dicho ahora mil disparates, y yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me he sentido conmovido y entusiasmado al oírte. Se me antoja que hablas dentro de mí.

—Madre de Dios! — exclamó la Nela, cruzando las manos—. ¿Tendrá eso algo que ver con lo que yo siento?

—¿Qué?

—Que estoy en el mundo para ser tu lazarillo, y que mis ojos no servirían para nada sino servirían para guiarte y decirte como son todas las hermosuras de la Tierra.

El ciego irguió su cuello repentinamente y vivisimamente, extendiendo sus manos hasta tocar

el cuerpillo de su amiga, exclamó con afán:

—Dime, Nela. ¿y cómo eres tú? La Nela no dijo nada. Había recibido una puñalada.

—III—

MAS TONTERIAS

Habían descansado. Siguiendo adelante, hasta llegar a la entrada del bosque que hay más allá de Saldeoro. Detuviéronse entre un grupo de nogales viejos, cuyos troncos y raíces formaban en el suelo una serie de escalones, con musgosos huecos y recortes tan apropiados para sentarse, que el arte no los hiciera mejor. Desde lo alto del bosque corría un hilo de agua, saltando de piedra en piedra, hasta dar con su fatigado cuerpo en un estanquillo que servía de depósito para alimentar

con otros muchos conceptos ingeniosos, y tan bien traídos y pensados que daba gusto oírlos.

—Ese libro — dijo la Nela, queriendo demostrar suficiencia— no será como uno que tiene padre Centeno que llaman... Las mil y no sé cuántas noches.

—No es eso, tontuela; hablas de la belleza en absoluto... ¿no entenderás esto de la belleza ideal?...; tampoco lo entiendes... porque has de saber que hay una belleza que no se ve ni se toca, ni se percibe con ningún sentido.

—Como, por ejemplo, la Virgen María — interrumpió la Nela—, a quien no vemos ni tocamos, porque las imágenes no son ella misma sino su retrato.

—Estás en lo cierto; así es. Pensando en esto, mi padre cerró el libro, y él decía una cosa y yo otra. Hablamos de la forma, y mi padre me dijo: «Desgraciadamen-



el chorro de que se abastecían los vecinos. Enfrente, el suelo se deprimía poco a poco, ofreciendo grandioso panorama de verdes colinas pobladas de bosques y caseríos, de praderas llanas donde pastaban con tranquilidad vagabunda centenares de reses. En el último término, dos, lejanos y orgullosos cerros, que eran límite de la tierra, dejaban ver en un largo segmento el azul purísimo del mar. Era un paisaje cuya contemplación revelaba al alma sus excelsas relaciones con lo infinito.

Sentóse Pablo en el tronco de un nogal, apoyando su brazo izquierdo en el borde del estanque. Alzaba la derecha mano para coger las ramas que descendían hasta tocar su frente, con lo cual pasaba a ratos, con el mover de las hojas un rayo de sol.

—Anoche — dijo él— leyo mi padre unas páginas sobre la belleza. Hablaba el autor de la belleza, y decía que era el resplandor de la verdad.

te, tú no puedes comprenderla.» Yo sostuve que sí; dije que no había más que una sola belleza, y que esa había de servir para todo.

La Nela, poco atenta a cosas tan sutiles, había cogido de las manos de su amigo las flores, y combinaba sus colores risueños.

—Yo tenía una idea sobre esto — añadió el ciego con mucha energía—, una idea con la cual estoy encariñado desde hace algunos meses. Sí, lo sostengo, lo sostengo... No, no me hacen falta los ojos para esto. Yo le dije a mi padre: «Concibo un tipo de belleza encantadora, un tipo que contiene todas las bellezas posibles; ese es la Nela.» Mi padre se echó a reír y me dijo que sí.

La Nela se puso como amapolita, y no supo responder nada. Durante un breve instante de terror y ansiedad, creyó que el ciego la estaba MIRANDO.

—Sí, tú eres la belleza más acabada que puede imaginarse —

añadió Pablo con calor—. ¿Cómo podría suceder que tu bondad, tu inocencia, tu candor, tu gracia, tu imaginación, tu alma celestial y cariñosa, que ha sido capaz de alegrar mis tristes días; cómo podría suceder, cómo, que no estuviese representada en la misma hermosura?... Nela, Nela —añadió balbuciente y con afán—. ¿No es verdad que eres muy bonita?

La Nela calló. Instintivamente se había llevado las manos a la cabeza, enredando entre sus cabellos las florecitas medio ajadas que había cogido antes en la pradera.

—¿No respondes?... Es verdad que eres modesta. Si no lo fueras, no serías tan reprensiva como eres. Faltaría la lógica de las bellezas, y eso no puede ser. ¿No respondes?...

—Yo... — murmuró la Nela con timidez, sin dejar de la mano su tocado—, no sé...; dicen que cuando niña era muy bonita... Ahora...

—Y ahora también.

María, en su extraordinaria con fusión, pudo hablar así:

—Ahora... ya sabes tú que las personas dicen muchas tonterías... se equivocan también...; a veces, el que tiene más ojos ve menos.

—¡Oh, ¡Qué bien dicho! Ven acá, dame un abrazo.

María se arrojó en los brazos de su amigo.

—Chiquilla bonita — exclamó éste, estrechándola de un modo delirante contra su pecho—, ¡te quiero con toda mi alma!

La Nela no dijo nada. En su corazón, lleno de casta ternura, se desbordaban los sentimientos más hermosos. El joven, palpitante y conturbado, la abrazó más fuerte, diciéndole al oído:

—Te quiero más que a mi vida. Angel de Dios, quíereme o me muero.

María se soltó de los brazos de Pablo, y éste cayó en profunda meditación. Una fuerza poderosa, irresistible, la impulsaba a mirarse en el espejo del agua. Deslizándose suavemente llegó al borde, y vió allá sobre el fondo verdoso su imagen mezquina, con los ojuelos negros, la tez pecosa, la naricilla picuda, aunque no sin gracia; el cabello escaso y la movable fisonomía de pájaro. Alargó su cuerpo para verse el busto y lo halló deploradamente desairado. Las flores que tenía en la cabeza se cayeron al agua, haciendo temblar la superficie, y con la superficie, la imagen. La hija de la Canela sintió como si arrancaran su corazón de raíz, y cayó hacia atrás murmurando:

—¡Madre de Dios, qué feísima soy!

—¿Qué dices, Nela? Me parece que he oído tu voz.

—No decía nada, niño mio... Estaba pensando... sí, pensaba que ya es hora de volver a tu casa. Pronto será hora de comer.

—Sí, vamos, comerás conmigo, y esta tarde saldremos otra vez. Dame la mano; no quiero que te separes de mí.

—IV—

LOS OJOS MATAN

Teodoro gritó: —¡Pronto!... ¡Esa venda en los ojos, y a su cuarto, joven!

Confuso volvió Pablo su rostro hacia aquel lado. Tomando la visual recta vió al doctor junto al sofá de paja cubierto de mantas.

—¿Está usted ahí, señor Golfin? — dijo, acercándose en línea recta.

—Aquí estoy — repuso Teodoro seriamente—. Creo que debe usted ponerse la venda y retirarse a su habitación. Yo le acompañaré.

—Me encuentro perfectamente... Sin embargo, obedeceré... Pero antes déjenme ver esto.

Observaba las mantas, y entre ellas un rostro cadavérico, de aspecto muy desagradable. En efecto; parecía que la nariz de la Nela se había hecho más picuda, sus ojos más chicos, su boca más insignificante, su tez más pecosa, sus cabellos más ralos, su frente más angosta. Con los ojos cerrados, el aliento fatigoso, entreabiertos los cárdenos labios, hallábase al parecer la infeliz en la postrera agonía, sintoma inevitable de la muerte.

—¡Ah! —dijo Pablo—, supe por mi tío que Florentina había recogido a una pobre... ¡Qué admirable bondad!... Y tú, infeliz muchacha, alégrate, has caído en manos de un ángel... ¿Estás enferma? En mi casa no te faltará nada... Mi prima es la imagen más hermosa de Dios... Esta pobrecita está muy mala, ¿no es verdad, doctor?

—Sí —dijo Golfín—, le conviene la soledad... y el silencio. —Pues me voy.

Pablo alargó una mano hasta tocar aquella cabeza, en la cual veía la expresión más triste de la miseria y de la desgracia humanas. Entonces la Nela movió los ojos y los fijó en su amo. Creyóse Pablo mirado desde el fondo feo y el dolor que en aquella mide un sepulcro; tanta era la trisrada había. Después la Nela sacó de entre las mantas una mano flaca; morena y áspera, y tomó la mano del señorito de Penáguilas, quien, al sentir su contacto, se estremeció de pies a cabeza, y lanzó un grito en que toda su alma gritaba.

Hubo una pausa angustiosa, una de esas pausas que preceden a las catástrofes, como para hacerlas más solemnes. Con voz temblorosa, que en todos produjo trágica emoción, la Nela dijo:

—Sí, señorito mio, yo soy la Nela.

Lentamente, y como si moviera un objeto de gran pesadumbre, y como llevó a sus secos labios la mano del señorito y le dió un beso... después un segundo beso... y al dar el tercero, sus labios resbalaron inertes sobre la piel de la mano.

Después callaron todos. Callaban mirándola. El primero que rompió la palabra fué Pablo, que dijo:

—¡Eres tú... eres tú!...

Pasaron por su mente ideas mil; mas no pudo expresar ninguna. Era preciso para ello que hubiera descubierto un nuevo lenguaje, así como había descubierto dos nuevos mundos: el de la luz y el del amor por la forma. No hacía más que mirar, mirar, y hacer memoria de aquel tenebroso mundo en que había vivido, allá donde quedaban perdidos entre la bruma sus pasiones, sus ideas y sus errores de ciego. Florentina se acercó derramando lágrimas para examinar el rostro de la Nela, y Golfín, que la observaba como hombre y como sabio, pronunció estas lúgubres palabras:

—¡La mató! ¡Maldita vista suya!

—Y después, mirando a Pablo con severidad, le dijo:

—Retírese usted.

—Morir... morir así sin causa alguna... Esto no puede ser —exclamó Florentina con angustia, poniendo la mano sobre la frente de la Nela—. ¡María!... ¡Marianela!

La llamó repetidas veces, inclinada sobre ella, mirándola como se mira y como se llama, desde los bordes de un pozo, a la persona que se ha caído en él y se sumerge en las hondísimas y negras aguas.

—No responde —dijo Pablo con terror.

Golfín tentaba aquella vida próxima a extinguirse, observó que bajo su tacto aun latía la sangre. Pablo se inclinó sobre ella, y acercando sus labios al oído de la moribunda, gritó:

—¡Nela, Nela, amiga querida!

Agitóse la mujercita, abrió los ojos, movió las manos. Parecía volver desde muy lejos. Viendo que las miradas de Pablo se clavaban en ella con observadora curiosidad, hizo un movimiento de vergüenza y terror, y quiso ocultar su pobre rostro como se oculta un crimen.

—¿Qué es lo que tiene? —dijo Florentina con ardor—. Don Teodoro, no es usted hombre si no la salva... Si no la salva, es usted un charlatán.

La insigne joven parecía colérica en fuerza de ser caritativa.

—¡Nela! repitió Pablo, traspasado de dolor y no repuesto del asombro que le había producido la vista de su lazarillo—. Parece que me tienes miedo. ¿Qué te he hecho, yo?

La enferma alargó entonces sus manos, tomó la de Florentina y la puso sobre su pecho; tomó después la de Pablo y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí desarrollando un poco de fuerza. Sus ojos hundidos les miraban; pero su mirada era lejana, venía de allá abajo, de algún hoyo profundo y obscuro. Hay que decir, como antes, que miraba desde el lóbrego hueco de un pozo que a cada instante era más hondo. Su respiración fué de pronto muy fatigosa. Suspiró, oprimiendo sobre su pecho con más fuerza las manos de los dos jóvenes. Teodoro puso en movimiento toda la casa; llamó y gritó; hizo traer medicinas, poderosos revulsivos, y trató de suspender el rápido descenso de aquella vida.

—Difícil es —decía— detener una gota de agua que resbala, que resbala, ¡ay!, por la pendiente abajo y está ya a dos pulgadas del Océano; pero lo intentaré.

Mandó a retirar a todo el mundo. Sólo Florentina quedó en la estancia. ¡Ah!, los revulsivos potentes, los excitantes nerviosos, mordiendo el cuerpo desfallecido para irritar la vida, hicieron estremecer los músculos de la infeliz enferma; pero a pesar de esto, se hundía más a cada instante.

—Es una crueldad —dijo Teodoro con desesperación arrojando la mostaza y los excitantes—, es una crueldad lo que hacemos. Echamos perros al moribundo para que el dolor de las mordidas le haga vivir un poco más. Afuera todo eso.

—¿No hay remedio?

—El que mande Dios.

—¿Qué mal es éste?

—La muerte —vociferó con inquietud delirante, impropia de un médico.

—¿Pero qué mal le ha traído la muerte?

—La muerte.

—No me explico bien. Quiero decir que de qué...

—¡De muerte! No sé si pensar que muere de vergüenza, de celos, de despecho, de tristeza, de amor contrariado. ¡Singular patología! No, no sabemos nada... sólo sabemos cosas triviales.

—¡Oh! ¡qué médicos!

—No sabemos nada. Conocemos algo de la superficie.

—¿Esto qué es?

—Parece una meningitis fulminante.

—¿Y qué es eso?

—Cualquier cosa... ¡La muerte!

—¿Es posible que se muera una persona sin causa conocida, casi sin enfermedad?... Señor Golfín, ¿qué es esto?

—¿Lo es usted médico?

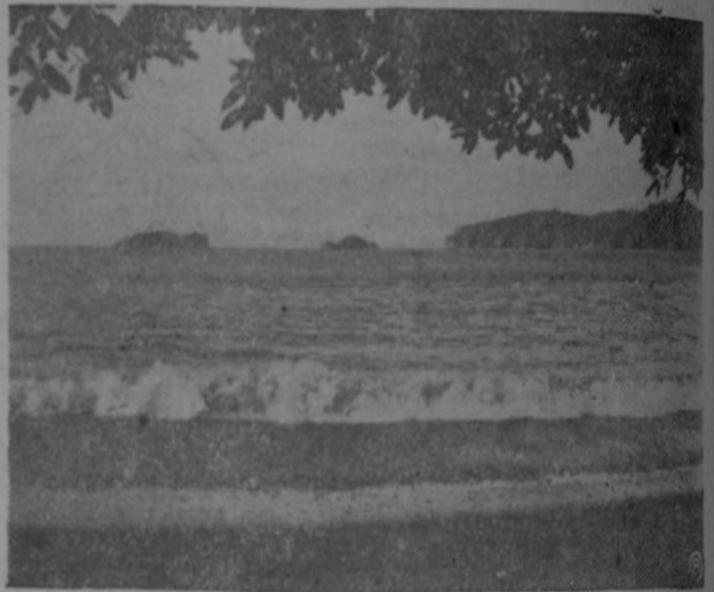
—¿Lo sé yo acaso?

—De los ojos, no de las basis.

Estampas Guanacastecas



SARDINAL



PLAYAS DEL COCO

nes.

—¡De las pasiones! —exclamó hablando con la moribunda—. Y a ti, pobre criatura, ¿qué pasiones te matan?

—Pregúnteselo usted a su futuro esposo.

Florentina se quedó absorta, estupefacta.

—¡Infeliz! —exclamó con ahogado sollozo—. ¿Puede el dolor del alma matar de esta manera?

—Cuando yo la recogí en La Trascava, estaba ya consumida por una fiebre espantosa.

—Pero eso no basta, ¡ay!, no basta.

—Usted dice que no basta. Dios, la Naturaleza dicen que sí.

—Sí parece que ha recibido una puñalada.

—Recuerde usted lo que han visto hace poco estos ojos que se van a cerrar para siempre; con sidere que la amaba un ciego, y que ese ciego ya no lo es, y la ha visto... ¡La ha visto!... ¡La ha visto!, lo cual es como un asesinato.

—¡Oh!, qué horroroso misterio!

—No, misterio no —gritó Teodoro con cierto espanto—, es el horrendo desplome de las ilusiones, es el brusco golpe de la realidad, de esa niveladora implacable que se ha interpuesto al fin entre esos dos nobles seres. ¡Yo he traído esa realidad, yo!

—¡Oh!, qué misterio! —repitió Florentina, que por el estado

de ánimo no comprendía bien.

—Misterio no, no —volvió a decir Teodoro más agitado a cada instante—: es la realidad, pura y dura de un

mundo de ilusiones. La realidad ha sido para él nueva vida; para ella ha sido dolor y asfixia, la humillación, la tristeza, el desaire, el dolor, los celos... ¡la muerte!

—Y todo por...

—¡Todo por unos ojos que se abren a la luz... a la realidad! No puedo apartar esta palabra de mi mente. Parece que la tengo escrita en mi cerebro con letras de fuego.

—Todo por unos ojos... ¡Pero el dolor puede matar tan pronto?... ¡casi sin dar tiempo a ensayar un remedio!

—No sé —replicó Teodoro inquieto, confundido, aferrado, contemplando aquel libro humano de caracteres oscuros, en los cuales la vista científica no podía descifrar la leyenda misteriosa de la muerte y la vida.

—¡No sabe! —dijo Florentina con desesperación—. Entonces, ¿para qué es médico?

—No sé, no sé —exclamó Teodoro golpeándose el cráneo mantenido con su zarpa de león—. Si una cosa sé, y es que no sabemos más que fenómenos superficiales. Señora, yo soy un carpintero de los ojos, y nada más.

Después fijó los suyos con atención profunda en aquello que fluctuaba entre persona y cadáver, y con acento de amargura exclamó:

—¡Alma!, ¿qué pasa en ti?

Florentina se echó a llorar. —¡El alma —murmuró, inclinando su cabeza sobre pecho— ya ha volado!

TOMAS WOLFE O EL IDILIO AMERICANO

Por RAMON SENDER

FRA Thomas Wolfe un verdadero enigma? Los críticos norteamericanos lo creen, y uno de ellos acaba de editar un libro de biografía y selección de críticas con el título "El Enigma de Thomas Wolfe". Su autor, Richard Walsler, convence en algunos momentos. En otros, no. Sobre todo cuando habla de "lo trágico" en la obra del gran novelista. Lo trágico en las novelas de Wolfe se resuelve en humor poético, casi siempre, y no es más que la conciencia de la fatalidad del ser, es decir religión. La religión evita la tragedia, la resuelve en una armonía superior a lo patético.

Murió Thomas Wolfe a los treinta y siete años, en 1938, cuando su obra alcanzaba la mayor popularidad. Desde entonces se han publicado manuscritos inéditos, críticas, estudios biográficos y comentarios que mantienen su memoria en pie. No duda nadie de que Thomas Wolfe es el novelista más original que han tenido los Estados Unidos en lo que va de siglo. Su novela "Look Homeward, Angel" (Mira hacia el Hogar, Ángel) aparecida en 1929, no ha sido superada en intensidad, en penetración psicológica y en la aptitud para sugerir lo irreal, que parece ser lo que caracteriza hoy al nuevo realismo.

Thomas Wolfe presentaba a través de la violencia del mundo moderno una zona que la materialidad del vivir encubre si no oculta, en América. Una zona donde los valores morales se remansan y crean sus imágenes y sus héroes secretos. Una zona idílica, porque en los Estados Unidos existe la felicidad como en cualquier otra parte del mundo. Tal vez más potencialmente — que en otros países, aunque también es más difícil hallarla, porque la felicidad norteamericana no depende casi nunca de la satisfacción de las necesidades, sino de la creación de otros deseos morales e intelectuales y de la interdependencia de esos deseos con los de los demás. Es decir que en América la felicidad no está relacionada con las materialidades del existir que son fáciles y más o menos accesibles a todos.

En otros países la lucha por el pan, el vestido y la vivienda agota una gran parte de la atención y de la tensión nerviosa de los hombres. Vivir no es fácil. En esta parte de América lo es. No trato de cantar las glorias de América del Norte. Todo el mundo sabe que es el país más rico del planeta y nunca he creído que la riqueza sea una virtud, como en un periodo de su vida creía el escritor español Ramiro de Maeztu y como siguen creyendo algunos puritanos de Boston. No he cantado las glorias de España, donde nació, ni creo que el espíritu nacional de un país o de otro gane ni pierda nada con las rapsodias o los anatemas de sus hijos. Por otra parte, el amor de los españoles es territorial más que nacional. Amo a España — al territorio aragonés y andaluz y catalán y castellano — con toda mi ingenuidad de hijo de campesinos, pero amo también a Francia y a México, donde he vivido, y a los Estados Unidos, donde vivo ahora. No me gusta ver en ellos entidades políticas, sino territorios sin nombre animados por

la presencia humana.

A menudo sueño con volver a una España triste y ensangrentada, olvidando el bienestar y la tranquila dulzura de Norteamérica. En los Estados Unidos, donde el hombre ha vencido a la necesidad, los deseos ociosos y desinteresados son más importantes que en otras partes. Cuando se tiene la vida segura y, además, en el ochenta por ciento de los casos, el coche y otras comodidades que en nuestros países son grandes lujos, hay en cada cual una tendencia a crearse un mundo inexpresable de orden idílico.

Los hombres de los países menos ricos tienen esa tendencia también, pero hay una diferencia importante. En los países pobres el ensueño es una fuga defensiva. La gente escapa de una realidad adversa o ardua. Aquí el ensueño es un lujo superfluo o complementario, un deporte del ánimo y de la imaginación. El novelista que acierte a expresarlo será el hombre nuevo de Norteamérica. Thomas Wolfe comenzó a hacerlo y dejó una obra considerable en esa dirección, a pesar de no haber publicado cuando murió sino dos novelas. La segunda (1935) fue "Of Time and the River" ("Del Tiempo y del Río"). Novelas, las dos, caudalosas y palpitantes, de un interés realmente nuevo. Habría sido Wolfe, de no morir tan joven, el hombre que esperan hace tiempo las letras americanas. Algunos creen que lo es ya, no obstante la parvedad de su producción. Yo lo creo también, aunque podría engañarme el deseo. La tercera novela, "The Web and the Rock" (La Tela de Araya y la Piedra) se publicó en 1939, un año después de la muerte del autor. En las tres hay una tendencia monumentalista, que parece natural en la literatura americana desde Melville y Walt Whitman.

Incidentalmente, Wolfe era un gigante. Más alto todavía que Hemingway. Como Hemingway, tenía también cara de niño. Las barbas de Hemingway disfrazan su rostro siempre feitado. De frente parecía un chico un poco asombrado, un especie de monaguillo o cantor de coro anglicano. Su obra y su vida tenían también algo de la genialidad de lo infantil.

Volviendo a lo de antes, no es que Wolfe buscara los niveles de la vida norteamericana donde la necesidad ha sido superada: los planos de la riqueza y el ocio. Nada de eso. En "Look Homeward, Angel" nos presenta al principio una familia humilde, la de Wolfe mismo, llena de pequeñas dificultades. Pero si no hubiera más que el desaliento o la anarquía animal del hombre que pelea por la existencia, no habría en Wolfe más de lo que hemos visto en la tensa psicología de otros autores: en Balzac, en Galdós, en Zola. Había, además, en Wolfe una necesidad ideal de conciliación. Esa conciliación no era conformismo ni optimismo, sino unidad del sueño y del deseo en los niveles esperanzados del alma. Su héroe, Ángel, sale del hogar, se enamora, conoce otros lugares, va a Alemania, regresa, quiere reintegrarse al hogar y nos ofrece una secuencia de problemas que se resuelven en la forma de ansiedades nuevas y sin solución en sí mismas.

En esas ansiedades de Wolfe hay acentos que los americanos no conocían. A través de ellas se ve el espíritu americano abierto

a los campos del futuro. Un idealismo de gigante doblado de la sabiduría poética de los niños. Hasta ahora no creo que haya tenido Norteamérica una perspectiva interior más vasta y pura.

Tenía Wolfe precisamente lo



que suele faltar en el arte norteamericano: don poético. Se escribe en los Estados Unidos mejor que en ninguna otra parte sobre el orden físico y material, sobre los afanes y ambiciones que van adscritos a ese orden. Nada más exacto, vivido y convincente que una narración americana sobre las dificultades de una empresa por ejemplo, la improvisación de un aeródromo, la tala y puesto en explotación de un bosque virgen, la lucha de una colectividad por superar las condiciones naturales adversas, pero la estructura esencial, la infabilidad, por decirlo así, falta a menudo. La literatura experimental de los pequeños grupos la da a veces, aunque de un modo demasiado violento y radical para que sea satisfactorio. Thomas Wolfe daba el mundo de los ángeles al mismo tiempo que el de los hombres y las mujeres de cada día, y eran ángeles americanos. No importa que fueran ricos o pobres, afeitados o con barbas descuidadas, limpios o sucios, cuidadosos del decir o mal hablados. Había una naturaleza lírica más fuerte que las personas y sus acciones y sus efectos y sus causas. Por eso Wolfe ha suscitado los mayores entusiasmos secretos y una especie de adoración que no conoce ningún otro autor moderno.

El ángel americano no es católico ni protestante ni judío. Thomas Wolfe encontró ese ángel del que hablan los andaluces cuando quieren expresar la gracia inaprensible de un individuo. Lo trascendente y difícil. Lo más fluido del carácter humano. Eso no se puede captar sino teniendo también la gracia natural y la aptitud para la sugestión mágica. L. Thomas Wolfe las tenía. Hubo en Norteamérica en los años 1930-38 una reacción de sorpresa y de encanto con Wolfe. Se observaba como el despertar de la gente a un mundo literario de promesas vírgenes. En "La Tela de Araya y la Piedra", que es una continuación de la primera novela, se veían las cualidades de las anteriores y un simbolismo claro pero no obvio. La tela de araña es la red de experiencias, intereses y conflictos con lo que la sociedad envuelve al hombre. La piedra o la roca es el individuo capaz de creación y dueño de su fecunda soledad entre el cielo y la tierra.

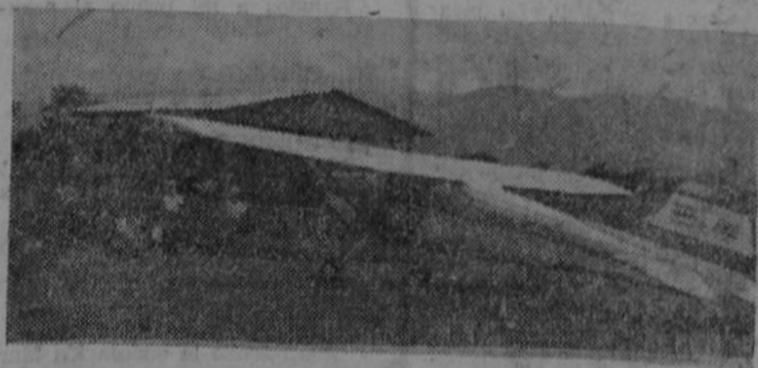
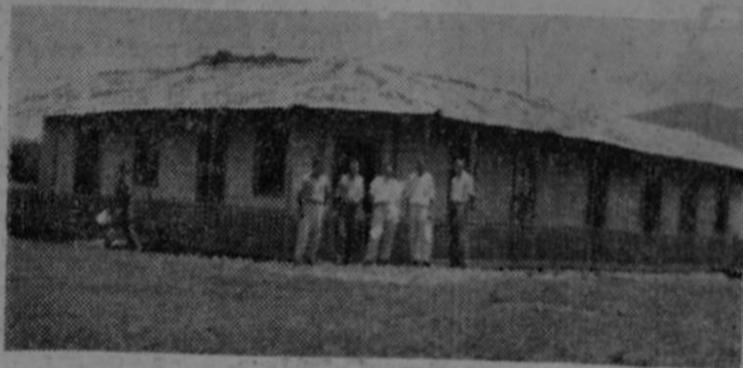
La roca era también para Wolfe el hogar. El padre de Wolfe había sido tallista de piedra. Un gigante tranquilo, de callada y compleja vida interior. Pero cuando Wolfe, herido y fatigado, quería refugiarse en el mito paterno, veía que era imposible y que su soledad tenía que ser otra, original y propia, que nadie podía darle, Wolfe tenía que crear su propio refugio, que debía ser al mismo tiempo atalaya, baluarte y laboratorio. Los conflictos entre una sociedad que lo maltrataba y un hogar que lo empujaba afuera (y la difícil necesidad de descubrir su propio núcleo vital y establecerse en él) eran, en suma, la tragedia de todos los hombres. Pero en Wolfe era más bien religión y poesía.

Además de sus grandes novelas, el mensaje de Wolfe se llamaba "De la Muerte al Alba" (1935), "Historia de una Novela" (1936), "El Rostro de una Nación" (1939). Se anuncian manuscritos nuevos y novelas póstumas. Esperamos que sean una confirmación de la buena fortuna ya conocida. Una buena fortuna que lo es más para los Estados Unidos que para el autor mismo, ya muerto. Con los grandes artistas suele ser así.

Thomas Wolfe era activo, des cuidado, soñador, torrencial en su producción y a veces sugestionado con su propia presencia, como Walt Whitman. Autosugestionado. De esa autosugestión venía, por una circunstancia difícil de explicar, su aptitud para sugestionar a los otros. Es difícil de explicar porque en la literatura norteamericana anterior a Wolfe el artista producía la sugestión a fuerza de serenidad y de recursos de estructura y de estilo. Desde Thomas Wolfe hemos visto que se puede conseguir el contagio mágico sin trucos de estilo ni de estructura, como habíamos visto aunque en una medida menor, en la del autor inglés D. H. Lawrence.

Historias Naturales

- EL PAPAGAYO**
Un arco iris bullicioso.
- EL PATITO NUEVO**
Acabo de escaparme de la polvorera de una dama.
- EL GATO**
Me tragué un run run.
- EL MURCIELAGO**
Saludos a mi primo el paraguas.
- EL CANGURO**
¡Cuidado con la cartera!
- EL CONDOR**
Tengo un espléndido cuello almidonado, pero, ¿quién me presta una corbata?
- EL GUSANO**
Un acordeón sin música
- EL ERIZO**
Recomiendo la ondulación Marcel.
- EL CHIVO**
¡La Basura! ¡La basura!
- EL OSO POLAR**
Un montón de nieve en movimiento.



II

I. Cantón de Buenos Aires es el tercero de la provincia de Puntarenas — Fué creado por Decreto N° 185 de 29 de julio

de 1940. Se compone en la actualidad de cuatro distritos que son 1° Buenos Aires; 2° Volcán; 3° Potrero Grande y 4° Boruca. Su población, en el año 1951, era de 3.805 hombres y 3.587 mujeres o sea un total de 7.392 habitantes.

La cabecera cantonal es la villa de Buenos Aires. Se encuentra en el corazón de la región talamanqueña, casi aislada en una depresión circundada por cerros y colinas y en medio de los ríos Ceiba y Sobri, afluentes del río Grande. Su altura sobre el nivel del mar es de 390 metros y su única comunicación fácil es la aérea, pues carece de caminos.

Tiene Municipalidad, Jefe Político, Resguardo Fiscal, Alcalde, Administrador de Correos, Radioperador, etc. El cuadrante consta de unas 35 manzanas, en su mayor parte despobladas.

En Buenos Aires ya no existen indígenas. Indios solo se ven en la villa cuando vienen a vender sus productos agrícolas y a hacer sus compras. Ahora solo se les encuentra en Salitre, Cabagra, Ujarrás, Térraba y Boruca, caseríos de la Reserva Indígena, que ya no tienen caciques y que se rigen y gobiernan bajo la autoridad de un representante de la Junta de Razas Indígenas, residentes en el caserío de Salitre.

La región es pintoresca, con paisajes preciosos, pero carece de comodidades para la vida de sus moradores: no hay un centro sanitario, tampoco luz ni cañería y los edificios públicos están en mal estado.

El comercio es escaso, apenas llega a seis negocios; hay un pequeño teatro que da funciones los viernes, sábados y domingos.

Tiene una plaza pública bastante grande que sirve para campo de deportes.

A unos tres kilómetros de la villa se encuentra el sitio donde fueron ultimados los patriotas Rogelio Fernández Güell y

compañeros. La placa del obelisco dice así: "Aquí cayeron el 14 de marzo de 1918, en lucha valiente por la libertad de Costa Rica, Rogelio Fernández Güell, Carlos Sancho J., Joaquín Ferras, Jeremías Garbanzo A., Ricardo Rivera C. — La Patria no olvidará nunca su memoria sagrada".

Es posible que el lugar que hoy ocupa la pequeña villa de Buenos Aires fuera en tiempos del descubrimiento una población indígena de varios miles de habitantes y que se llamaba Sebror-Dubondi; pero por los informes de los colonizadores españoles sabemos que eran indios indómitos y que en más de una ocasión se alzaron en rebeldía matando a sus dominadores y eso dió lugar a que los españoles los diezmaran primero y los acabaran después hasta que no quedó un solo habitante en ese lugar.

Transcurrieron los años y aquel sitio se convirtió en una extensa sabana que cada año aprovechaba un indio de Térraba, llamado Juan Mora o Morales, para traer sus ganados a fin de apacentarlos en ese lugar, que se llamó "Hato Viejo".

Fué durante la administración de don Bernardo Soto que se encargó a don Pedro Calderón buscar un camino o picada que pusiera en comunicación el interior de la república con la región de Talamanca. Calderón partió con su gente de Santa María de Dota, pasó el Cerro de la Muerte, El General, y bajó hasta Térraba y Boruca. Terminada su misión regresó por el mismo camino y pudo, al pasar por Hato Viejo, considerar las facilidades de establecer una finca en aquella tierra privilegiada. Así fué que inmediatamente después de presentar su informe y de cobrar al Gobierno los siete mil colones de su contrato, se alistó para ir con su familia, parientes y agregados a establecerse en Hato Viejo, cuyo nombre fué cambiado por Buenos Aires. Fué pues don Pedro Calderón, junto con las familias Granados y Vargas, de origen costarricense, los fundadores de Buenos Aires. Posteriormente llegaron los Villanueva, Elizondo y Belfas, posiblemente de origen chiricano.



BUENOS AIRES